

P A B L O R O M E R O

OTRO NO ES
TU NOMBRE



P A B L O R O M E R O

O T R O N O E S

T U N O M B R E

A FAVOR DE MI MADRE
Y EN CONTRA DEL JISEI NO KU

*El mundo y los hombres dudan
ante la caída, pero el viento nocturno
recuerda que caer es la esencia de la flor.*

YUKIO MISHIMA

Las madres de mi provincia dicen *lo han muerto*
para explicar la derrota de haber perdido.

Perder es, en esencia, un acto involuntario:
ahí la radical distancia de lo que a voluntad se entrega.

Digamos (digo):
entregar como una forma de restituir el deseo a su estado
inicial,
retroceder los pasos hasta el punto de tener
(digamos, *algo*)
en el corazón de la certeza.

Pero qué diría mi madre habiéndome yo entregado
a las consecuencias de elegir,
la acción y el efecto de escoger la derrota de mi vida
por encima de la derrota
de su vida.

Habiéndome perdido para siempre en el gesto de perder.
Madre confiesa que desea retroceder el tiempo
y que ya no más morir, quiero decir, digamos,

Lo propio es lo que puede romperse o entregarse.
De ahí la poesía, el sexo, el masoquismo, el capital. De ahí
el cuerpo entregándose y las madres perdiendo como un arte
el deseo de tener.

Digamos: es septiembre de 2022. La provincia es pura
humedad.

El sexo late como flor de lapacho en el cordón
de las veredas
y el amor camina, como Bashō, hacia morir.

Si todo es pérdida,
dicen que Bishop dijo a Bashō y a mi madre,
lo perdido es todo lo que hay
(mi madre se tapaba los oídos).

Hay una sola regla,
dicen que Bashō dijo a Bishop y a mi madre,
respondiendo a lo anterior:
todas las cosas están destinadas a perderse
excepto el mismísimo camino de perder.

HÚMERO CAMPANA

Todavía estaba solo a las olvido menos cuarto. Temblando
había buscado las cajas de pastillas. Temblando escribo
el morbo de contar cómo estaban mis manos
al momento de sostenerlas.

Imaginemos:
un millón de hormigas moviéndose tan juntas
que de lejos parecían diez dedos.
El instante en que el rayo impacta un árbol.
El miedo electrizante de quien observa ese impacto
y no puede hacer nada porque (un microsegundo después)
el árbol ya no es árbol, y el rayo
ya no es rayo.

Imaginemos:
la madera sigue siendo madera y el fuego, muy a mi pesar,
ya es futura ceniza.
Imaginemos:
mi hermana escondía mi medicación en su placard.
Temblando me metí en la habitación con las manos temblando
de agarrar las cajas.
Temblando, también, solté las cajas para cortar papel,
prolijamente y con respeto hacia esa misa.

Imaginemos lo inevitable temblando al borde del discurso,
impersuasible,
electrizado como un árbol penetrado por un rayo
en cada círculo del tronco. Ese incendio.

Oficié mi propia ceremonia: la jarra sobre la mesa.
Cada burbuja de blíster el sonido de un disparo,
el estómago encendido y la garganta
deglutente.

Imaginemos: afuera las campanas latían con la fuerza de su ruido
clang clang clang y la mano temblorosa
decía palabras,
temblorosas y aguadas palabras contra el ruido de las
campanas.

Leí después que el ruido de la campana se llama *tañido*,
y que es un instrumento de percusión idiófono
porque la vibración proviene de su propio cuerpo.

Imaginemos:
un golpe en el centro del estómago que tiembla
hasta las rótulas. La insistencia del sonido.

El húmero de Vallejo un jueves (día de lluvia)
contra su propio cuerpo.

ANOTACIONES EN PRETÉRITO PERFECTO
O EL IDIOMA DE MI MADRE

Tenía seis años cuando supe que mi madre
también moriría inventando la muerte,
el miedo a la muerte y su sombra miedosa.

Desde entonces he buscado un lenguaje frío,
una línea recta
hacia la médula del poema.

Desde entonces
he sentido en el cuerpo el trayecto ardiente
de la bala cuando viene desde adentro
y florece en el aire,
sin permiso del aire.

He guardado los casquillos de las balas
en la intemperie de mis seis años,
desnudo y de pie frente a la cama de mi madre,
miedoso de las balas, la repetición del disparo
y la desnudez vertical
de los casquillos.

He visto a la tristeza estancarse como agua podrida
en el agua clara.

Las anáforas sucediendo,
las anáforas ardiendo de miedo

en los gestos repetidos de las noches
de mis seis años
porque para dormir madre cierra los ojos
de la forma que más temo.

Porque hemos muerto cada día
desde el principio de los días
y siempre morimos solos
porque solo nosotros morimos.

Nunca nadie nos mira. Nadie nunca está mirando.
Pero las palabras mirarán, mirarán las ventanas
y cerraremos los ojos. Y sentiremos cansancio.
Miedo todavía.

Y nada nada
solo el paisaje solo
respirará a nuestro lado.